

# NUESTRA UNIDAD EN ADÁN Y EN CRISTO SEGÚN FRAY LUIS DE LEÓN

JOSÉ LUIS HERVÁS

«Entrañados en Cristo»<sup>1</sup>, consumados en la unidad que nuestra Cabeza imprime al Cuerpo místico de la Iglesia: con esta expresión y otras similares gustaba de caracterizar a los cristianos el gran poeta y teólogo de nuestro siglo de oro, fray Luis de León. La aproximación a su pensamiento resulta por ello muy sugerente en orden a caracterizar la solidaridad del género humano en su doble vertiente: de origen y naturaleza, en Adán; de destino, en Cristo.

El agustino aborda este tema movido por un afán de controversia antiprotestante y, sobre todo, de una gran inclinación personal por contemplar la vida cristiana en cuanto comunión con el Hijo de Dios. La unidad con el Redentor es precisamente el gran tema de sus inmortales diálogos *De los Nombres de Cristo*. Esa es, precisamente, la fuente fundamental para estudiar esta cuestión, aunque para comprender mejor su base teológica resulta utilísimo el comentario latino *In epistolam beati Pauli ad Galatas*. Sin embargo, prácticamente cualquiera de las obras luisianas serviría para mostrar cómo el Maestro salmantino organiza su teología y su piedad en torno a la Persona de Jesucristo, centro y fin de la creación. De acuerdo con la tesis escotista, nuestro autor defiende que Dios no ha querido a Cristo principalmente por el pecado del hombre, sino que, por el contrario, crea a Adán para comunicarse al género humano —y por él, a la creación entera— en la Persona de Cristo y en sus miembros.

En este contexto, el Maestro León se extiende ampliamente sobre lo que hoy llamamos «solidaridad», en su acepción teológico-dogmática.

---

1. Cfr. JOSÉ LUIS HERVÁS, *Entrañados en Cristo. La mística teológica de fray Luis de León*, tesis doctoral *pro manuscripto*, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1993.

La palabra «solidaridad» señala una relación recíproca, una situación existencial —misteriosa, pero evidente a cualquier lector de san Pablo— en virtud de la cual, dentro del Cuerpo místico existe una comunidad de bienes, por la que —situándonos en un plano cristológico— nuestras cosas son de Cristo y las cosas de Cristo son nuestras. La prueban la imagen evangélica de la vid y los sarmientos y numerosísimas expresiones paulinas, singularmente la mencionada del Cuerpo místico. A este respecto Schmaus ha escrito que «el «*leitmotiv*» de la teología paulina (...) puede formularse así: lo que ocurrió en Cristo ocurre en los cristianos»<sup>2</sup>. Fray Luis dice algo parecido aunque con otro lenguaje: habla de nuestro estar «incluidos» o «entrañados» en Cristo<sup>3</sup>.

Al hablar de esta solidaridad, fray Luis no se refiere sólo a la unión de Cristo con los creyentes que de El renacen, con aquel nuevo nacimiento que exigió Jesús a Nicodemo<sup>4</sup>. En su obra, el concepto de solidaridad engloba en primer lugar aspectos metafísicos de nuestra relación con Cristo previos a aquel segundo nacimiento. Desde su punto de vista, la historia de la redención podría esquematizarse contemplando sucesivos momentos en la solidaridad<sup>5</sup>. El primero y que más nos interesa es la comunidad de naturaleza. Pero fray Luis trata también abundantemente de ese asociarse Cristo a nuestro pecado y a nuestra muerte, de donde nace una solidaridad en la justicia.

En cuanto a la comunidad de naturaleza, interesa señalar que Cristo actúa en ella, de manera nueva, la antigua capitalidad que sobre todos los hombres ejerció la persona primigenia de Adán. Es clásico este paralelismo, utilizado por san Pablo en su carta a los Romanos y que ha consagrado en la tradición patristica el título cristológico de «nuevo Adán». Para entender mejor esta relación con nuestros primeros padres, raíz de la unidad del género humano, veamos algunos textos de las obras luisianas mencionadas. Lamentamos tener que dejar de lado la *Expositio in Genesim* del maestro León conservada en un ma-

2. Cfr. MICHAEL SCHMAUS, *Teología dogmática. V. La gracia divina*, §182, Rialp, Madrid<sup>2</sup> 1962, p. 55.

3. Cfr., por ejemplo, *De los Nombres de Cristo*, «Pastor», B. A. C., Madrid<sup>2</sup> 1951, p. 224.

4. Cfr. Jn 3, 3. Pero no se trata de hablar del orden sobrenatural, para el que fray Luis extiende la solidaridad incluso a los ángeles que, aunque no redimidos, sí han sido glorificados por su unión a Cristo, cabeza y plenitud de toda la creación. No es esa la cuestión, pues exploramos la unidad del género humano.

5. Cfr. FRANCISCO JUBERIAS, c. m. f., *La Divinización del hombre. Tratado Teológico de la Perfección cristiana*, Madrid 1972, pp. 365ss.

nuscrito de la Catedral de Pamplona y traducida por esta Facultad en 1988<sup>6</sup>. Ese *reportatum*, prometedor en apariencia, termina en la misma tentación y, por tanto, no nos permite conocer cómo fray Luis habría desarrollado en clase las consecuencias generales de la caída original. En cuanto al breve comentario anónimo a la epístola a los Romanos, contenido en el manuscrito Ottoboniano lat. 1020, ff. 348-445v, y que se atribuye plausiblemente a fray Luis (curso 1584-1585)<sup>7</sup>, entendemos que tampoco responde a las expectativas suscitadas<sup>8</sup>.

En cambio, en el comentario de la carta a los Gálatas, fray Luis habla de cómo en Cristo existen ya como en germen todas nuestras posibilidades de gracia, y en relación con ello explica que «de esto tenemos un ejemplo clarísimo en el primer Adán, ampliamente expuesto en aquel libro que dijimos»<sup>9</sup>. Se refiere a un tratado que menciona antes, *De triplici unione fidelium cum Christo*. El título es sugestivo, pero la obra se ha perdido o al menos no se ha descubierto todavía. En la alusión mencionada, fray Luis indica que, como de Adán deriva todo lo que tenemos por naturaleza, de Cristo nos viene todo lo que somos por gracia. La capitalidad de Adán es absoluta por razones de generación: por eso su pecado pudo afectarnos, porque toda carne, viniendo de él, nace manchada.

6. HIPÓLITO NAVARRO, «*Expositio in Genesim*» de fray Luis de León (*Edición crítica bilingüe, introducción y notas*), tesis doctoral *pro manuscripto*, Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Pamplona 1988. Aunque el manuscrito en sí sigue inédito, al menos en su integridad, el autor ha publicado otros artículos sobre el mismo: *Una obra inédita de fray Luis de León: «Expositio in Genesim» (Codex 83, Biblioteca de la Catedral de Pamplona)*, en «*Scripta Theologica*» 16 (1984) 573-578; y *Un estudio sobre la autenticidad de la «Expositio in Genesim» de Fray Luis de León*, en «*La Ciudad de Dios*» 203 (1990) 189-225.

7. DAVID GUTIÉRREZ, *Un comentario inédito de fray Luis de León «In Epistola ad Romanos»*, en «*Augustinianum*» 1 (1961) 273-309.

8. La reciente edición completa, en el vol. 10 de *Opera* (1993), nos confirma en esta opinión. Da idea de su contenido —exento de novedades en el aspecto que nos interesa— esta cita del mencionado estudio de David Gutiérrez: «El autor del comentario anónimo desarrolla brevemente en otros varios lugares, con expresiones características de fr. Luis de León, algunas de las ideas predilectas de éste: por ejemplo, las relativas a la doctrina del cuerpo místico de Cristo, a la diferencia entre la ley antigua y la nueva, al severo ascetismo interior que ésta exige y a la eficacia de la gracia; pero no es necesario transcribir más textos» (*ibidem*, p. 289). Y, en efecto, no lo hace el artículo, que en cambio sí cita algunos otros párrafos más significativos.

9. LUIS DE LEÓN, *Opera latina*, Salamanca 1891-95, vol. III, p. 195: «Cujus rei clarissimum in priori Adam extat exemplum, quod nos exemplum late exequuti sumus in eo quem diximus libro».

Más adelante se aporta una explicación bastante intuitiva del pecado de naturaleza: «cuando alguna sustancia impregna las semillas de frutos con su color o su sabor, ese mismo sabor y ese mismo color tendrán más tarde los frutos que nazcan de las semillas»<sup>10</sup>. Así, los méritos de Cristo nos enriquecerán de alguna manera similar a como deterioró nuestra naturaleza el pecado de Adán y Eva.

En otro momento, imaginando el plan infernal de perder al hombre, incluye en el mismo la positiva asignación por parte del diablo de un carácter trascendente al primer pecado:

«Mas porque se le ofreció [a Satanás] que, aunque pecase aquel hombre primero, en los que después de él naciesen podría Dios traer a efecto lo que tenía ordenado en favor de los hombres, determinóse de poner en aquel primero, como en la fuente primera, su ponzoña, y las semillas de su soberbia y profanidad y ambición, y las raíces y principios de todos los vicios (...)»<sup>11</sup>.

El texto parece indicar que el tentador conocía y se aprovechó de la profunda solidaridad que la humanidad tendría con Adán. De ahí que, para perder a todo el género humano, aspirase a corromper una realidad singular: la persona de Adán, que incluía a todos los que de él habrían de nacer. Y, así como la gracia que Dios le diera

«perfeccionaba al hombre, no sólo en la persona de Adán, sino también en la de todos los que estábamos en él, y así como era bien general, que ya en virtud y en derecho lo teníamos todos, y lo tuviéramos cada uno en real posesión en naciendo, así aquesta ponzoña emponzoñaba, no a Adán solamente, sino a todos nosotros, sus sucesores; primero a todos en la raíz y semilla de nuestro origen, y después en particular a cada uno cuando nacemos, naciendo juntamente con nosotros y apegada a nosotros»<sup>12</sup>.

Como vemos, se establece un paralelismo entre la posesión del pecado y la de la gracia, con la distinción de dos momentos —radical

10. *Ibidem*, p. 196s: «quo enim baccharum semina aut colore quis, aut sapore infecerit, eumdem certe referant in se saporem, atque colorem, postea bacchae e seminibus natae». Cfr. Luis de León, *De los Nombres de Cristo*, «Padre del siglo futuro», ed. cit., pp. 483s.

11. «Padre del siglo futuro», pp. 478s.

12. «Padre del siglo futuro», p. 482. Cfr. también el *Nombre* «Rey de Dios», p. 563s, donde estudia «lo que pasó en la cabeza de todos» los hombres, Adán, al recibir enseñanza de pecar la promesa de un Redentor que buscaría amorosamente su salvación. «Y lo que pasó entonces, digámoslo así, generalmente con todos, porque Adán nos encerraba a todos en sí, pasa en particular con cada uno continua y secretamente».

y real— tanto para nuestra condena como para la justificación e incorporación a Cristo. De ahí que el pecado de Adán pueda ser con propiedad considerado pecado nuestro: pues

«lo que aquél traspasó no lo quisimos de hecho nosotros, pero por estar en él como en padre, fuimos vistos quererlo (...) cuando estábamos en Adán todos generalmente encerrados»<sup>13</sup>.

El agustino estudia cómo de modo similar —aunque tampoco exento de dificultades en su explicación—, lo que Cristo, primogénito de toda nueva criatura, padeció y mereció es como si lo hubiéramos pagado y ganado cada uno de los que estábamos predestinados a unirnos con El, comenzando esta predestinación por la común posesión de la humanidad.

Desde luego, la mera comunión de naturaleza no basta para explicar el que Cristo pudiera representarnos en la Redención. Y es que nuestra solidaridad radical con Cristo es irreductible a la de la sola naturaleza. Cristo, como ya antes Adán, es nuestra Cabeza. La posición particular de nuestros primeros padres se entiende precisamente porque eran los primeros, de quienes todos recibimos la naturaleza. En el caso de Cristo, entendemos que la humanidad accedió al Verbo por una individuación que, teniendo por sujeto al mismo Dios, carece de las habituales limitaciones impuestas por la *materia signata quantitate*, superándose de alguna manera la incomunicabilidad y lográndose un modo de ser individual que no separa, que no excluye, sino más bien aúna. Como ha observado un estudioso de nuestro autor, el estatuto metafísico de la persona de Cristo «hace que sus merecimientos trasciendan la atribución personal»<sup>14</sup>; así, establece una *línea directa* entre Cristo y sus hermanos, permitiéndole efectos personales sobre cada hombre a lo largo de los siglos. Cristo, por ser *perfectus Deus*, es también aquel *perfectus Homo* que reúne en su capitalidad el tipo y la fuente de toda perfección en el ámbito de lo humano.

13. «Padre del siglo futuro», p. 502. «Fuimos vistos» vale por *parecimos*.

14. Cfr. SEGUNDO FOLGADO, *Cristo, para hombres y ángeles principio único de salvación*, en «La Ciudad de Dios» 204 (1991) 616: «Esta postura de fray Luis que amplía a los ángeles la eficacia de las acciones salvíficas de Cristo es la consecuencia obligada del principio de solidaridad. De acuerdo con la doctrina del Apóstol (Eph 4, 15-16), el ser cabeza y el primero de los predestinados en plenitud de gracia y de verdad, hace que sus merecimientos trasciendan la atribución personal y se apliquen eficazmente a cuantos solidarios e integrantes de la unidad mística de su cuerpo perciben el influjo orgánico, sobrenatural, de la cabeza». Cfr. *Opera* IV, pp. 458s.

Pero no nos engañemos. Fray Luis no se detiene a dar explicaciones por el estilo de la anterior. Su vocación es más filológica y bíblica que filosófica; no pretende más que exponer su doctrina al hilo de la Escritura Santa. Sólo se sirve de la metafísica en algún caso, para introducir aquí la noción de participación, muy acorde con las categorías más o menos platónicas de los padres y de él mismo. Estamos todos en Cristo

«como en el fuego, que tiene en sumo grado el calor, y es por eso la fuente de todo lo que es en alguna manera caliente, está todo lo que lo puede ser, aun antes que lo sea, como en su fuente y principio»<sup>15</sup>.

Explicación que en parte valdría también para Adán, aplicando a la «humanidad» lo que se predica del calor.

Recorriendo la Teología toda en búsqueda de ese influjo cuasifísico de Cristo en todos los hombres, nuestro autor imaginó una curiosa razón eucarística, que aduce en los importantes párrafos puestos al comienzo del comentario a la carta a los gálatas, sobre nuestra incorporación a Cristo como mejor explicación apologética de la gracia santificante. Al instituir el sacramento del Altar, Cristo

«convirtió en ese cuerpo suyo todo aquello que íntegramente constituye tal cuerpo, o sea la cabeza, que es El mismo, y los miembros, que somos nosotros. Así, bajo aquellas especies de pan y de vino (...) estuvieron (...) todos aquellos a los que puede alcanzar la virtud suya: aquel Cuerpo de modo real, y estos miembros de algún modo espiritual que, precisamente, permita tenerlos como tales miembros.

Sentado lo cual conviene añadir que, después del cambio relatado, al comer Cristo aquel pan y beber de aquella copa, hizo que pasáramos a su cuerpo todos nosotros, los que estábamos en aquel pan y aquella copa, y admirablemente nos reunió consigo a todos. Y no sólo asumió nuestra representación, sino que nos incluyó en Sí mismo, para ser a partir de entonces no ya un hombre singular y privado, sino alguien que, teniendo dentro a todos y hecho semillero de todos, asumiera la común paternidad de todos. Tras lo cual, cuando al día siguiente ese cuerpo fue clavado en la cruz, sepultado al atardecer, y vuelto a la vida al despuntar el tercer día, a la vez nosotros, todos los que El contenía en su interior, experimentamos —a la vez que El y las mismas que El— tanto la muerte como la vida»<sup>16</sup>.

15. «Padre del siglo futuro», p. 491.

16. *Opera* III, pp. 193-195.

Dejando aparte el misterio eucarístico, volvamos al modo de la inclusión virtual nuestra en Cristo —y de algún modo, también en Adán—, consignando algunos calificativos que la explican:

«Y porque en el principio no solamente están las cualidades de los que nacen de El, sino también esos mismos que nacen, antes que nazcan en sí, están en su principio como en virtud; por tanto, convino también que los que nacemos de este divino padre estuviésemos primero puestos en El como en nuestro principio y como en simiente, por secreta y divina virtud; y Dios lo hizo así. Porque se ha de entender que Dios, por una manera de unión espiritual e inefable, juntó con Cristo en cuanto hombre, y como encerró en El a todos sus miembros; y los mismos que, cada uno en su tiempo, vienen a ser en sí mismos, y a renacer y vivir en justicia, y los mismos que después de la resurrección de la carne, justos y gloriosos y por todas partes deificados, diferentes en personas, seremos unos en espíritu, así entre nosotros como con Jesucristo, o, por hablar con más propiedad, seremos todos un Cristo; esos mismos, no en forma real, sino en virtud original estuvimos en El antes que renaciésemos, por obra y por artificio de Dios, que le plugo ayuntarnos así secreta y espiritualmente con quien había de ser nuestro principio, para que con verdad lo fuese, y para que procediésemos de El, no naciendo según la substancia de nuestra humana naturaleza, sino renaciendo, según la buena vida de ella, con el espíritu de justicia y de gracia»<sup>17</sup>.

Por tanto, la participación no implica que estén en la Cabeza sólo las cualidades, sino también las personas: estamos puestos en El «como en nuestro principio y como en simiente», y por tanto de un modo análogo al natural, parecido el que nos une a Adán. Pero no hay que engañarse: no sucede «según la substancia de nuestra humana naturaleza», sino «según la buena vida de ella», es decir por gracia o, lo que es lo mismo, «por obra y artificio de Dios». Y no se trata de una gracia fácil de describir, pues actuó «por secreta y divina virtud», concretamente «por una manera de unión espiritual e inefable con que suele Dios juntar muchos en uno»<sup>18</sup>.

17. «Padre del siglo futuro», pp. 490s.

18. Cfr. «Cordero», pp. 788s: «convenía (...) que muriésemos nosotros en otro que fuese tal y tan justo, que por ser en El tuviese tanto valor nuestra muerte, que nos acarrearase la vida. (...) Él (...) puso sobre sí mismo las culpas y las personas culpadas, y las ayuntó con su alma (...) por una manera de unión espiritual e inefable con que suele Dios juntar muchos en uno (...) los hizo tan unos con El, que se comunicaron entre sí y a veces sus males, y sus bienes y sus condiciones, y, muriendo El, morimos de fuerza nosotros, y, padeciendo el Cordero, padecimos en El y pagamos la pena que debíamos por nuestros pecados; los cuales pecados, juntándonos Cristo consigo (...), los hizo como suyos propios (...) con el fuego la congoja».

Concluyendo diremos que nuestra inclusión en Cristo no es obra de naturaleza, sino de gracia; pero de una gracia anterior a nuestro nacimiento en Cristo, esto es la gracia capital de Cristo mismo. Fray Luis no sabe explicarla, la designa como «artificio» divino y le parece inefable, y además —lo mismo que pareció atribuir la transmisibilidad del pecado original a un designio diabólico— no tiene inconveniente en acudir directamente a la omnipotencia de Dios para entender cómo los merecimientos de un hombre habrían de beneficiar a otros hombres. ¿Podría aplicarse esta doctrina a la unidad de los hombres entre sí, estén o no estén efectivamente unidos a la Cabeza? Es decir, ¿nuestra comunión y solidaridad humana es sólo de naturaleza o está elevada por el común destino sobrenatural, por nuestra vocación a *ser Cristo*? Sería prematuro afirmarlo a partir de la doctrina luisiana, por más que resulte sugerente. Pero sí podemos recordar una verdad fundamental: que Jesucristo, alfa y omega de la humanidad, es Dios: y que sólo a partir de Dios y en la riqueza del Verbo Encarnado es posible comprender mejor el misterio de la unidad del género humano.